

RAZÓN E IRONÍA

¿Qué medidas ofrece el “Definitor imposible”? ¿Qué figura registran sus plomadas? ¿Qué proporciones revela? Descendiente absurdo del *finitorum* albertiano, ambición irrealizable de la medida absoluta, objetiva, de las formas, medidor frustrado, trasto inquietante, quimera, sin sentido, aborto de las luces, extravío de-mente. O, tal vez, metáfora de empresas imposibles, de ambiciones sesgadas, disparate o sueño sin techo. La racionalidad imponiendo orden al caos del mundo: medida, cálculo, número. Reducción quijotesca a dimensiones cuantificables. Dominio del mundo. Pero la realidad se burla y empaña inmisericorde estas glorias que son irreverencias, impiedad, *hybris* punible. Objeto final para una ironía inocente.

Sin embargo, ¿cabe hablar de inocencia en la ironía que ocultan estas piezas? La mirada se detiene en otro objeto imposible: “Instrumento para medir la razón”. Poleas de dudosa utilidad, movimiento inefectivo, circular, caricatura de metafísico. ¿Y qué otra cosa es el pensamiento más allá de esta moción aparatosa de esferas, rueda sin eje, mecanismo irremediabilmente oxidado?

La verdadera mirada, la del lector, que pasa desinteresadamente su atención por estos objetos-escritura, pintura, volumen, espacialidad mixta: signo inequívoco de modernidad, a la manera de un niño. Los objetos aquí reunidos han de leerse como signos arruinados por el tiempo, por su acción necesaria. La ingenuidad de la mirada deviene luego melancolía, renuncia, postración. Y esa mirada lúcida, que los objetos expuestos propician, como experiencia de la nulidad de todo lo que es, ¿no nos exige, a su vez, el reconocimiento de un *amor fati*, una aceptación integral, movida por un entusiasmo afirmador, de la vida, aun en sus aspectos crueles y desconcertantes?

“Todo material artístico reposa sobre una abstracción” (Pessoa) Abstracción, añadiríamos, en este caso, de un par obsesivo: ironía-tiempo. Ironía presente, una vez más, en la “Estancia para el instrumento del conocimiento”. Ironía de hallar entronizada la razón en un cofre, en una caja con la tapa (¿la de los sesos?) abierta y no observar otra cosa que naturaleza muerta, fósil de memorias ya disueltas, sedimento cosificado del espíritu que perece. Denuncia, también, del tiempo, que la mirada encuentra en las pátinas de los materiales, en su presentación fragmentaria, en la propia “textualidad” del barro, de la madera gastada, del óxido de hierro.

“Serie Oradores”. La serie de los dominados por la palabra, sus siervos. Poeta, filósofo, teólogo... Filósofo y poeta miran el mundo a debida distancia. Melancolía lúcida. El teólogo apunta verticalmente a la divinidad, cerrados los ojos. Su mirada interior se eleva en silencio, sin mediación posible. Interroga al oculto con palabras que son como el fuego, extremas. Piensa en una luz que sólo él ve.

Roberto A. Cabrera

Texto del catálogo de la exposición *Commesuratio* (esculturas), editado por el Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1996